

SOBRE EL PREMIO 'NOBEL' EN ECONOMÍA 2023: CLAUDIA GOLDIN, LA FRONTERA FEMINISTA DE LA ORTODOXIA ECONÓMICA / *ON THE 'NOBEL' PRIZE IN ECONOMICS 2023: CLAUDIA GOLDIN, THE FEMINIST FRONTIER OF ORTHODOX ECONOMICS*



Lina Gálvez Muñoz

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-9645-2778>

lina.galvezmunoz@europarl.europa.eu

Resumen

Claudia Goldin ha sido galardonada con el Premio Nobel de Economía de 2023. Tercera mujer en ganar el Nobel de economía, y tercer premio a la Historia Económica, su investigación se ha centrado en la comprensión de las desigualdades de género en la configuración y evolución de los mercados de trabajo. Sus contribuciones científicas más relevantes se pueden sintetizar en dos ámbitos. Por un lado, sus aportaciones sobre la tasa de participación de las mujeres en los mercados de trabajo en el largo plazo y el impacto que determinados momentos históricos han tenido en esa evolución. Por otro lado, las numerosas aportaciones centradas en un mejor entendimiento de las elecciones profesionales y familiares de las mujeres graduadas universitarias.

Palabras clave: *historia económica, estudios de género, mercados de trabajo, participación laboral de las mujeres*

Abstract

Claudia Goldin has been awarded the 2023 Nobel Prize in Economics. The third woman to win the Nobel Prize in Economics and the third winner in Economic History, Goldin's research has focused on understanding gender inequalities in the design and evolution of labour markets. Her most important scientific contributions can be summarized in two areas. On the one hand, her studies on the long-term female labor force participation rate and the impact of specific historical events. On the other hand, Goldin has extensively explored how to better understand the career and family choices of female university graduates.

Keywords: *economic history, gender studies, labor markets, female labor force participation*

El premio del Sveriges Riksbank en Economía en memoria de Alfred Nobel ha sido concedido este año 2023 a Claudia Goldin. Ella es la tercera mujer en ganar el "Nobel" de economía, la primera en hacerlo en solitario, y la primera que lo consigue por una investigación centrada en la comprensión de las desigualdades de género en la configuración y evolución de los mercados de trabajo, lo que demuestra la centralidad de la historia para el estudio de la Economía. De hecho, puede considerarse el tercer Nobel a la Historia Económica tras los de Simon Kuznets, tutor de tesis de Robert Fogel -a su vez tutor de tesis de la propia Goldin-, y quien también fue galardonado con el Nobel de economía. Toda una saga que señala que la historia importa y, en el caso específico de la obra de Goldin, que las raíces históricas de las desigualdades de género en los mercados laborales son la única forma de entender por qué las mujeres participamos menos que los hombres en el empleo, con salarios más bajos, de forma más precaria y temporal, en menos sectores y con menos posibilidades de desarrollar una carrera profesional, así como por qué seguimos especializadas en los cuidados.

Las aportaciones principales de Claudia Goldin se pueden sintetizar en dos ámbitos. Por un lado, y coincidiendo con su primer libro de 1990 *Understanding the Gender Gap*, se deben destacar sus aportaciones sobre la tasa de participación de las mujeres en los mercados de trabajo en el largo plazo y su representación en forma de U respecto al cambio estructural. Ello sin olvidar el impacto que determinados momentos históricos han tenido en esa evolución como, por ejemplo, la movilización de mano de obra femenina durante la Segunda Guerra Mundial o recientemente el impacto de la COVID-19 en el empleo femenino. Por otro lado, las numerosas aportaciones centradas en un mejor entendimiento de las elecciones profesionales y familiares de las mujeres graduadas universitarias, muy bien sintetizadas en su último libro, *Career and Family*, de 2021.

LA TASA DE PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES TIENE FORMA DE U EN EL LARGO PLAZO

Claudia Goldin demostró desde Harvard y desde el NBER lo que otras muchas también investigábamos: que las mujeres siempre hemos trabajado, aunque nuestra participación ha variado a lo largo del tiempo, siendo más elevada en las sociedades agrarias y, posteriormente, en las de servicios, y menor en las sociedades industriales. En concreto, Goldin explicó que esa participación -para EE. UU.- en los últimos siglos tiene forma de U. Aunque reconoce que la parte de la U más baja se debe a un efecto estadístico asociado a una mala recogida de datos sesgada por prejuicios de género, nunca ahonda en la explicación de por qué las mujeres aparecían como inactivas por defecto en las fuentes y la relación que esto tiene con lo que la sociedad suponía y supone y asume que son y hacen los hombres y lo que son y hacen las mujeres. Y, menos aún, en la alegría con la que se debatía y construía la historiografía económica, despreciando el trabajo de las mujeres por no estar bien registrado en los censos y padrones de población.

No está de más recordar que aún años después de que Goldin hubiera publicado en 1990 su primer libro, *Comprendiendo la brecha de género. Historia económica de las mujeres en Estados Unidos*, en el que reconstruía la tasa de participación de las mujeres en el largo plazo y de manera agregada por sectores económicos, el crecimiento, la productividad o los cambios estructurales se calculaban para la mayor parte de los países prescindiendo de la aportación de las mujeres. Por ejemplo, en España, la primera vez que la Asociación Española de Historia Económica se interesó por el tema fue en el 2001 cuando nos encargaron a Carmen Sarasúa y a mí, organizar una sesión al respecto, de la que posteriormente se publicó el libro *Privilegios o Eficiencia. Mujeres y hombres en los mercados de trabajo*.

Parecía natural prescindir de la mitad de la población, a pesar de las muchas, contundentes y trabajosamente obtenidas evidencias de lo contrario en todos los sectores económicos. De esta forma, se contabilizaban los numerosos arrieros del Campo de Calatrava que se suponía que transportaban el encaje que allí se producía, pero no a quienes lo manufacturaban que eran mujeres. Cuando censos y padrones se cotejaban con otras fuentes, como las empresariales, aparecían tasas de ocultamiento superiores al 75%. Si se buscaba a

las cigarreras contratadas por la Compañía Arrendataria de Tabacos en los padrones municipales, en una fábrica tan grande como por ejemplo la Fábrica de Tabacos de Sevilla, y con unos archivos en los que se guardaban hasta las faltas diarias de las más de 6.000 trabajadoras que llegó a tener ese establecimiento en pleno proceso de industrialización, poco más del 20% estaban recogidas como cigarreras, el resto aparecían bajo la denominación de "su casa". Daba igual que las estimaciones del coste de la vida cruzadas con los salarios de los varones arrojaran un déficit que solo podía ser cubierto con los salarios de otros miembros de la familia, las mujeres eran registradas por defecto como inactivas y la solución a ese problema para las cifras agregadas sobre las que posteriormente se han construido los grandes números de la Historia Económica, era prescindir de las mujeres.

Siempre que a Goldin le han preguntado por qué investigaba las desigualdades de género en los mercados de trabajo, ella, que nunca se ha declarado feminista a pesar de haber hecho mucho por comprender las desigualdades de género y promover a las mujeres en los departamentos de economía, respondía que lo hacía por motivos académicos. Efectivamente, parece increíble que el PIB, las tasas de actividad, los niveles de vida o la productividad se calcularan ignorando la participación económica de la mitad de la población. No sólo se desdeñaba la enorme aportación de las mujeres en forma de trabajo no remunerado, sino también su actividad remunerada. Tal vez así se entienda mejor la valiosa contribución de Claudia Goldin.

En este sentido, es interesante incluir una reflexión que la propia Goldin hace en su último libro *Carrera y Familia* sobre Margaret Reid, referente desde hace casi un siglo de las propuestas para contabilizar el trabajo no pagado como actividad económica. Cuando Goldin era estudiante de economía en la Universidad de Chicago, en 1971, veía a una mujer de 75 años cargar fichas perforadas para hacer sus cálculos estadísticos. Era Margeret Reid quien, pese a que se había jubilado como profesora de economía una década antes, seguía activa en sus investigaciones. Goldin nunca habló con ella a pesar de que era la única mujer del departamento: "Qué naif fui al no reconocer su importante contribución a la economía. Qué desafortunado fue no reconocer su gran contribución al Largo viaje" (Goldin, 2021, p.46). En 1992, Gary Becker que fue tutor en Chicago de Goldin cuando era una estudiante obtuvo el Nobel de economía por aplicar la "economía" al estudio de los hogares y la familia. Más de medio siglo antes, en 1934, Margaret Reid había publicado su tesis doctoral *Economics of Household Production*. Ella nunca obtuvo un Nobel a pesar de que sus contribuciones sobre la importancia y contabilidad del trabajo no pagado siguen siendo consideradas hoy en día seminales.

Es más, en paralelo a la publicación de sus estudios, en los años treinta, el abuelo académico de Goldin, Simon Kuznets que trabajaba en el National Bureau of Economic Research (NBER), fue llamado por el congreso de los EE.UU. para medir cuánto estaba menguando la economía norteamericana debido a la Gran Depresión, y también fue llamado, por parte del Departamento de Comercio de los EE.UU., para proponer un sistema de contabilidad nacional, incluido el diseño de la medición del Producto Interior Bruto. Kuznets conocía el trabajo de Reid y sabemos que dudó si incluir el trabajo no pagado de las mujeres en el hogar en el sistema de cuentas nacionales y que finalmente decidió no hacerlo. Tal y como aparece en el informe que entregó al congreso, argumentó que se consideró mejor omitir este gran grupo de servicios de las cuentas nacionales, sobre todo porque no había una forma fiable para medir su valor. Todavía sufrimos las consecuencias de esa decisión, a pesar de que la propia Reid había propuesto cuatro métodos distintos.

Honra que Goldin haya sabido ver ahora lo que no supo ver en el momento que reinaba el paradigma de su tutor, Gary Becker. Es lícito preguntarse qué habría ocurrido si Goldin hubiera hablado con Reid, si la hubiera leído, si habría tenido la misma carrera académica que la llevó a ser la primera mujer en conseguir un puesto permanente en el Departamento de Economía de la Universidad de Harvard en 1991, o incluso haber obtenido el Nobel en 2023. Pero eso es un contrafactual de los que tanto gustaban a los cliómetras,

especialmente a su tutor de tesis, Robert W. Fogel, y que tienen un alcance analítico bastante limitado para lo histórico.

La realidad es que Goldin optó por el análisis macro y de largo plazo, y eso fue un acierto, especialmente para su carrera y las aportaciones que ha hecho a lo largo de la misma. Fue más creíble para quienes tenían el poder dentro de la disciplina. Su análisis no era el primer análisis agregado de la participación de las mujeres en los mercados de trabajo en el largo plazo, pero sí era más riguroso y sobre un país que dominaba las publicaciones de impacto en economía. Las teorías del desarrollo, que eran las que habían modelizado la participación de las mujeres en el largo plazo, asumían que conforme la economía crecía y se modernizaba las mujeres entraban sin fricción en la fuerza de trabajo. Una cuestión que no era cierta. La participación en el largo plazo no era continua, tenía forma de U, lo que implicaba una mayor participación en el sector primario y posteriormente en el terciario con un descenso vinculado con los procesos de industrialización.

Aunque, como he comentado, Goldin argumentaba que parte de la parte baja de la U estaba vinculada a la deficiencia de las estadísticas, su tesis principal es que la naturaleza del trabajo industrial en las fábricas no permitía a las mujeres la conciliación con la maternidad y, por tanto, explicaba el descenso en la tasa de actividad femenina durante la industrialización. No obstante, la historiografía, también la de otros territorios distintos al norteamericano, nos muestra una evolución más compleja: las mujeres -también las casadas y madres-, se incorporaron al empleo siempre que pudieron o debieron, incluso en las fábricas.

Por una parte, siempre que hubo demanda de mano de obra femenina, bien porque eran mano de obra cualificada en determinados sectores y regiones o formaban parte de estrategias familiares de colocación. Y, por otra parte, siempre que hubo necesidad, las mujeres realizaron todo tipo de trabajos para ingresar dinero en la casa. Solo eso explica, como demostró Cristina Borderías, que las estimaciones de la magnífica estadística de Idelfons Cerdá sobre el coste de la vida en Barcelona, no cuadrasen con los salarios de los trabajadores varones que resultaban bastante deficitarios. Por su lado, los estudios de Jane Humphries sobre la industrialización británica, muestran que muchos hombres no quisieron o no pudieron ser los ganadores de pan que tan acriticamente la historiografía económica y también social aceptaba como la norma, y que las mujeres casadas no abandonaban el trabajo en las fábricas cuando tenían a sus hijos tal y como asumía Goldin, sino cuando sus hijos e hijas tenían una edad suficiente como para sustituir sus ingresos para la economía familiar.

Es cierto, como bien estudia Goldin, que en los EE.UU. hubo marriage bars y que en algunos sectores estuvieron en pie hasta la década de los años cincuenta, pero lo que sabemos, por ejemplo de España, es que cuando fueron impuestas por el franquismo no se cumplieron del todo. Sí que se cumplieron en algunas empresas públicas como Telefónica o Renfe, pero en otros sectores económicos fabriles como el textil o el tabaco, las mujeres casadas siguieron en sus puestos de trabajo. Como también siguieron o entraron a trabajar muchas ellas desde sus casas, pegando suelas de zapatos o juguetes, liberando a los hombres de la competencia de las mujeres en el mercado y reduciendo costes de fabricación para los empresarios que no tuvieron ningún escrúpulo en tener trabajando en régimen de explotación domiciliaria a todas esas mujeres casadas que el Fuero del Trabajo franquista había "liberado del taller y la fábrica".

Mi propia tesis doctoral sobre la interacción entre la familia y el mercado y el papel de las desigualdades de género en los procesos de cambio tecnológico aplicada a la industria del tabaco, muestra cómo, a principios del siglo XX, el 76% de las cigarreras sevillanas eran las principales ganadoras de pan de sus familias, y que seguían trabajando de por vida como una manera de garantizar además el ingreso de sus hijas en la fábrica y las de las hijas de éstas. La fábrica proporcionaba cunas para los bebés, y las niñas desde los siete años ayudaban en el cuidado de los más pequeños a la vez que aprendían el oficio. El modelo de vivienda en corrales de vecinos también favorecía un cuidado de los niños más allá de la familia nuclear. Hubo incluso fundaciones de colegios durante el periodo de industrialización cuya misión, según consta en

los archivos municipales, era cuidar de los hijos de las cigarreras mientras éstas estaban en la fábrica. La empresa también les dejaba una holgura en la entrada de la fábrica para que pudieran realizar las tareas del hogar. De lo que no hay evidencias es de que se cumpliera el modelo beckeriano de especialización en el trabajo doméstico del miembro de la familia peor pagado y, por tanto, que la familia en su conjunto ganara con la especialización del principal ganador de pan en el mercado, y de su cónyuge en el hogar. No hay pruebas de que los maridos de las cigarreras fueran amos de casa, *house husbands*, término que no existe ni en español ni en inglés. Las mujeres no tenían elección en lo relativo al mandato social de los cuidados.

La historiografía económica crítica muestra que no solo se trató de un problema de conciliación. También influyó la construcción de los mercados de trabajo modernos, donde el acceso al empleo de calidad, como el acceso a la educación o la ciudadanía, fue un privilegio de los hombres. El proceso de individualización y de transferencia a las mujeres de la carga de cuidado que acompañó al triunfo de la economía y la sociedad de mercado fue una operación política de enorme alcance y largo recorrido y que, como argumentamos en un artículo Montserrat Carbonell, Paula Rodríguez Modroño y yo misma, tuvo al menos tres hitos: primero, la desvalorización del trabajo de las mujeres; segundo, la exclusión de la ciudadanía seguida de un acceso parcial e inacabado; y, por último, la generalización desde mediados del siglo XIX del modelo -y del mito- de la familia del hombre como ganador de pan, en cuya extensión coincidieron reformistas, fuerzas conservadoras y sindicatos, aunque las investigaciones feministas hayan demostrado que se trató más de un discurso que de una realidad.

La conciliación se solucionó siempre que fue necesario, como sabemos muy bien por la movilización de mujeres en sectores masculinizados durante las contiendas mundiales. De hecho, la propia Goldin recoge como la Lanham Act de 1943 sigue siendo a día de hoy la única legislación federal en toda la historia de EE.UU. que establece la financiación en servicios de cuidados de niños y niñas de dos a cuatro años de madres trabajadoras que se habían incorporado a las industrias de guerra independientemente de su nivel de renta. Industrias de sectores fuertemente masculinizados de donde las mujeres se retiraron toda vez que volvieron los hombres del frente. De hecho, sobre esos sectores, la propia Goldin desarrolló en 2002 una teoría muy sugerente, la de la contaminación. Dicha teoría explica las barreras de entrada de las mujeres a los sectores masculinizados y la oposición de los trabajadores varones y de los sindicatos para evitar el contagio de condiciones de trabajo y salariales precarias. Eso implica asumir la minusvaloración de lo femenino, que es un postulado básico de las teorías feministas. Aun así, Goldin nunca se ha alejado demasiado del paradigma neoclásico de la elección.

CARRERA O FAMILIA, UNA DURA ELECCIÓN PARA LAS MUJERES

A pesar de que sus últimos trabajos tienen un sesgo más institucional que los primeros, Goldin sólo se ha alejado lo justo del paradigma neoclásico de la elección, a pesar de conocer parte de sus limitaciones desde sus primeros trabajos. Cuando en 1998 publicó *The Economist as detective* (habría sido más correcto decir *The Economic Historian as detective*) reconocía haber comenzado con el paradigma de Gary Becker y Jacob Mincer pero asumiendo que tuvo que combatirlo un poco para que se adaptara a la realidad histórica. Fue una manera muy elegante y poco comprometida de decir que ese paradigma era un modelo estilizado que no se sostenía en la realidad.

En su último libro seguimos encontrando una cierta esquizofrenia, aunque más alejada de sus maestros que en sus primeros trabajos. Sin embargo, continúa manteniendo la apuesta por una cierta especialización como fuente de bienestar en las familias. La tesis principal de este libro es que las carreras profesionales son "avariciosas", requieren mucho tiempo y dedicación y, por tanto, tendrá muchas más posibilidades de avanzar aquellas personas que dediquen más tiempo, estén más disponibles para realizar horas extra, horas nocturnas o en fin de semana; también se podría añadir desplazamientos o terminar los negocios en lugares a los que las mujeres no acudimos. Y que esa avaricia del trabajo implica que las parejas con niños

ganarán haciendo un poco de especialización. Goldin nos dice que cuando dos personas están involucradas -una pareja-, hay más opciones sobre cómo emplear el tiempo, y así un miembro de una pareja puede especializarse más en la carrera y el otro hacerlo más en el hogar, ganando la familia en bienestar.

En este sentido, no se ha distanciado del todo de los postulados de Gary Becker aunque ese movimiento ya es algo que celebrar. Goldin habla de una cierta especialización y no una especialización determinada por la biología que se autoexplica de manera circular como hacía Becker asumiendo el altruismo paternalista del cabeza de familia. No hay que olvidar que todavía en 2005, el que era rector de su Universidad de Harvard, el famoso economista Larry Summers, argumentaba que los hombres estaban mejor preparados biológicamente para las matemáticas o ciencias que las mujeres.

Las aportaciones de Goldin han ido moviendo las fronteras del enfoque ortodoxo de la elección hacia una interpretación más institucional, en diálogo con las aportaciones de la economía feminista, en cuyos foros y revistas especializadas, sin embargo, nunca se ha prodigado. Aunque el paradigma neoclásico de la libre elección sigue siendo la columna vertebral de sus trabajos, en sus últimas investigaciones, plasmadas en su reciente libro *Carrera y Familia*, Goldin vuelve su mirada a los cuidados y los tiempos en la familia, y hacia la división de roles entre parejas norteamericanas, mayoritariamente heterosexuales y con formación universitaria, y su interacción con la "economía de la codicia" que remunera de forma desproporcionada las largas jornadas, las horas extraordinarias y los fines de semana, y que las mujeres evitan para especializarse en el cuidado y en sectores de horarios controlados, pero no porque tengan menos capital humano o se hayan esforzado menos para conseguirlo, lo que supone una crítica velada a la teoría del capital humano de su mentor.

Al estudiar las diferencias salariales dentro de una misma ocupación, Goldin demuestra cómo las disparidades por género van aumentando con la edad, y que la segregación ocupacional en sí ha ido perdiendo poder explicativo al menos entre las mujeres graduadas, que son las que han sido objeto de estudio de Goldin. Mientras la remuneración de mujeres y hombres al graduarse es igual en los EE. UU., a los 45 años las mujeres ya ingresan solo el 55% de lo que hacen los hombres como media. De sus análisis también se desprende que las diferencias más grandes se dan en sectores masculinizados y aumentan conforme se cumple años, incluyendo una penalización laboral y salarial de la maternidad. Sin embargo, no todo lo explica la maternidad. Los estudios sobre los usos del tiempo, ampliamente desarrollados en la economía feminista, muestran que la brecha entre el tiempo que hombres y mujeres dedican al trabajo remunerado y al no remunerado respectivamente, se incrementa cuando comienzan a vivir en pareja, antes del nacimiento de los hijos, por tanto, la especialización de las mujeres en los cuidados también incluye a las cohortes de hombres adultos de su familia que no han sido socializados siquiera en el cuidado de sí mismos.

Los estudios comparativos, donde también se tienen en cuenta otros grupos poblacionales y la interseccionalidad, muestran una realidad más compleja y, sobre todo, el peso de variables institucionales a la hora de mostrar las diferencias entre países o grupos de personas. Los modelos de estados de bienestar, el desarrollo del sector público, el acceso de los servicios públicos, la mayor o menor mercantilización de los cuidados, la existencia de cohortes de mujeres no incorporadas al mercado de trabajo que pueden hacerse cargo del cuidado, las políticas de igualdad o su interacción con las tasas de fecundidad, están detrás de muchas diferencias por países.

Goldin sí acierta en demostrar que las elecciones tienen consecuencias dinámicas. El tempo de la elección para las mujeres es brutal porque los años de tenencia de los hijos y de formación de las familias coinciden con los años en los que se establecen los fundamentos de una carrera profesional, y los conflictos en torno al tiempo implican decisiones muy difíciles, especialmente para las mujeres. Ella es explícita al decir que el género no es un factor que pueda ser ignorado, porque las personas que sacrifican la carrera para estar en casa han sido históricamente, y aún lo son hoy en día, las mujeres. Sin embargo, como he comentado

antes, le cuesta separarse del enfoque de la especialización que considera a la pareja, a la familia, como una unidad con un cierto estatismo. Pero las parejas también son dinámicas y, hoy por hoy, hay casi tantos divorcios como matrimonios anualmente en EE.UU.

Quién se especializa y en qué, importa, y mucho. Sobre todo, si la elección no es tan libre como parece. Aunque la socialización y la adecuación de las preferencias a las oportunidades reales sí aparecen en su análisis, las precondiciones materiales de esa "libre elección" no están tan presentes, salvo alguna vaga mención a las diferencias raciales y a la mayor probabilidad que tenían las mujeres graduadas universitarias en los años cincuenta y sesenta del siglo XX de no casarse si procedían de familias acomodadas. Lo que las teóricas feministas conocen como interseccionalidad no está tan presente en su investigación como podría estarlo. No obstante, no me extrañaría que avanzara más en ese sentido dado que su propia tesis tenía que ver con la discriminación racial.

Goldin se reprocha no haber sido consciente antes de la importancia de los cuidados para el análisis económico. Sin embargo, se queda a medio camino a la hora de incluir el ecosistema institucional y legal. Quizá si hubiera seguido más el carácter combativo e integrador de la Asociación Internacional de Economía Feminista (IAFFE), y de su revista científica insignia, *Feminist Economics*, habría avanzado más en cómo las disyuntivas de las mujeres pueden ser muy diferentes según el régimen de género de los Estados de bienestar. Rara vez ha abordado el tema de los servicios públicos y sólo se refiere al acceso a un precio asequible a los servicios de atención, sin reflexionar sobre quiénes lo proveen -normalmente también mujeres-, y a quiénes dejan de cuidar cuando lo hacen.

Para Goldin, la gran elección es la que tienen que hacer las mujeres, que no pueden permitirse el lujo de separar lo personal de lo profesional. Y su solución no es solo mejorar las capacidades de negociación de las mujeres sino sobre todo reimaginar la economía con mayor flexibilidad, menos codicia y más empatía. Sin embargo, no menciona la justicia social o la dignidad. Para Goldin, los trabajos codiciosos se solucionan con tecnología y flexibilidad, cambiando la cultura laboral de las empresas, pero no el sistema. En ningún caso denuncia la necesidad de una transformación más profunda y sistémica, ni exige cambios regulatorios, fundamentales para entender los avances en igualdad. La dimensión política de la economía nunca ha entrado en sus objetivos, aunque en el fondo sus investigaciones y su labor estableciendo comités de género en las asociaciones de economía han sido de suma utilidad, aunque no hayan tenido la gran transcendencia crítica de algunas grandes economistas feministas, como Nancy Folbre, Diane Elson o Lourdes Benería, a las que difícilmente veremos con un premio Nobel.

En definitiva, creo que Goldin es más que digna merecedora del premio por haber conseguido introducir las desigualdades de género y la cuestión de los cuidados y los tiempos en la economía más ortodoxa. Desde un feminismo que no asusta, ha logrado avanzar el conocimiento en economía, influir en la política económica y promover a las investigadoras en economía, y eso no tiene precio. Tal vez, como ha ocurrido con otros ganadores del premio Nobel de economía, éste también sirva a Goldin para ganar en libertad a la hora de romper las fronteras de la disciplina y de su propio pensamiento. Mimbres no le faltan. Enhorabuena.

BIBLIOGRAFÍA

Carbonell, Montserrat, Gálvez Muñoz, Lina y Rodríguez-Modroño, Paula (2014). "Género y cuidados: respuestas sociales e institucionales al surgimiento de la sociedad de mercado en el contexto europeo", *Áreas*. Revista Internacional de Ciencias Sociales 33, pp. 17-33.

Gálvez Muñoz, Lina (2000). *Compañía Arrendataria de Tabacos. Cambio Tecnológico y Empleo Femenino, 1887-1945*. Madrid: Lid Editorial.

Lina Gálvez Muñoz

Goldin, Claudia (1990). *Understanding the Gender Gap: An Economic History of American Women*. New York: Oxford University Press.

Goldin, Claudia (1998). *The Economist as detective*. <https://scholar.harvard.edu/files/goldin/files/detective.doc>

Goldin, Claudia (2021). *Career and Family: Women's Century-Long Journey toward Equity*. Princeton University Press.

López Guallar, Pilar y Borderías Mondejar, Cristina (2001). "Salarios, economía familiar y género en la Barcelona de 1856. La "Monografía estadística de la clase obrera" de Ildefonso Cerdá". En Carlos Arenas Posadas, Jerònia Pons Pons, y Antonio Florencio Puntas (coords.) *Trabajo y relaciones laborales en la España contemporánea* (pp. 75-92).Mergablum.

Sarasúa, Carmen y Gálvez Muñoz, Lina (2003). *¿Privilegios o Eficiencia? Mujeres y Hombres en los mercados de trabajo*. Alicante: Universidad de Alicante.

SOBRE LA AUTORA

Lina Gálvez Muñoz

Catedrática de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla (en servicios especiales como parlamentaria europea del grupo de los socialistas y demócratas, 2019-24).